

Cuento infantil



El semáforo loco

POR Hena González de Zachrisson

El semáforo lo acababan de instalar en Vía Brasil y Calle 50 y estaba contento de poder mantener el orden del tránsito en tan importante calle. Sin embargo, pronto descubrió que su tarea no era fácil. Su territorio estaba atestado de muchachos que vendían frutas y vegetales y para escapar de ellos, los conductores hacían regatas para cruzar la calle antes de que la luz cambiara a rojo.

—Todo a un dólar! —gritaban los chicos mostrando su bolsa de guineo, naranja, melón, maíz, papaya, chayote, pan, flores— en fin, de todo!

Pegando las sudadas caras a las ventanas, gritaban para hacerse escuchar. Los conductores dibujaban con sus dedos un rotundo "¡NO!", pero los muchachos no se daban por vencidos: golpeaban insistentemente las ventanas, o se paraban desafiantes frente al vehículo, sin importarles que el carro se les viniera encima.

Los conductores mantenían una fría mirada en el semáforo y un pie en el acelerador atentos a la luz verde, para alejarse lo más rápido de aquellos chicos impertinentes.

El semáforo también se alegraba cuando se prendía la luz verde y los conductores podían continuar sin interrupción. A él lo ha-

bían colocado en ese lugar para establecer el orden. ¡Ya verían como largaba de la calle a esos harapientos!

Sin embargo, no era posible permanecer en un mismo sitio día tras día, sin enterarse de todo. El semáforo descubrió que si bien su luz verde favorecía a los conductores, en cambio, perjudicaba a los muchachos de la calle.

—Es que con luz verde los carros se alejan y los pobres muchachos no pueden vender su mercancía. Esto significa no llevar plata a sus casas— le contaron las torcazas que revoloteaban a su alrededor.

—Algunos de ellos ni siquiera tienen papá —le susurró al oído un dulce azulejo. — Y la mamá tiene que cuidar a los pequeños y si ellos no venden lo que traen, no tienen a nadie que les dé de comer.

—Otros tienen un padre alcohólico y cuando vuelven a casa con las manos vacías, éste les insulta y les pega —le informó un petirrojo.

—La mamá de aquel chiquitín es drogadicta — le susurró un talingo— y ése chico es el único sustento de su familia.

El semáforo no se había imaginado nunca esas tristes historias. Observó que en lu-

gar de descansar cuando se prendía su luz verde, los chicos miraban con ansiedad hacia el cielo.

¿Será para rogar a Dios?— le preguntó a un lorito parlanchín que se había recostado a un árbol próximo a él — ¿o será para observar las figuritas que forman las nubes...?

—¡Ojala así fuera — le contestó el lorito.— Lo que hacen es mirar por si aparecen nubes oscuras anunciando un fuerte aguacero. Ellos le temen a la lluvia porque significa que ya nadie les comprará.

O miran para ver si se acerca la noche, que les anuncia que se está acabando su tiempo para vender—añadió un picaflor.

El semáforo ya no estaba contento cuando se prendía la luz verde. Ahora sabía que por su culpa se quedaban muchas manos extendidas sin completar una venta. ¡Qué vida más dura la de estos chicos!

El corazón del semáforo no era duro como el material con que fue fabricado. Ante esta situación se decía:

¡Si pudiera en alguna forma ayudarlos! ¡Ojalá la luz verde tardara más en llegar! ¡Ojalá la luz roja se quedara por más tiempo! ¡Cómo quería el semáforo que esto ocurriera!

¿Has oído alguna vez decir que "QUERER ES PODER"? Pues es cierto. Si no, ¿cómo explicar las cosas extrañas que empezaron a ocurrir?

Sin previo aviso el semáforo comenzó por trabarse en la luz roja. Los conductores pitaban en protesta o lanzaban toda clase de palabrotas para demostrar su enojo. Hubo hasta quien le tiró un guineo podrido al semáforo, ¡vaya grosería! Pero pese a todo esto, el semáforo siguió trabándose!!

Se trajeron a muchos técnicos para repararlo y quedaban perplejos. Es raro— decían después de revisarlo,— no encontramos ningún desperfecto técnico. Miren lo bien

que está funcionando. Sin embargo, al poco tiempo de irse, el semáforo volvía a trabarse en rojo. Ese semáforo anda loco— dijeron - Trabaja cuando le da la gana.

¡A nadie le dio por pensar que lo que tenía el semáforo era un corazón muy grande..! Siguió estancándose en rojo y los conductores se cansaron de quejarse. A falta de otra forma de ocupar su tiempo mientras esperaban que cambiara la luz, se pusieron a comprar las frutas que llevaban los muchachos de la calle. A su familia no le hizo ningún daño volver a disfrutar de la fragancia de un mango fresco, de palpar la piel de una naranja, saborear el rico jugo de un trozo de sandía...

En una ocasión fue tanto el tiempo que el semáforo se detuvo en rojo, que el conductor de uno de los vehículos tuvo tiempo para observar a un lindo mulatito que todos los días le mostraba unas estampitas de Santos y que él siempre había ignorado.

—Ese mocoso debe tener tu misma edad, Juanchín— le dijo al nieto que lo acompañaba, y sacando la cara por la venta gritó:

—Oye, chiquillo, ¿cuantos años tienes?

—Siete, respondió el mulatito, mostrando una blanca dentadura — ¿Me compra una medallita del Divino Niño para su niño?

El conductor temblaba a la sola idea de ver a su nieto en el centro de la calle como ese niño, expuesto a cien mil peligros. El semáforo, que tantas veces vio a ese señor insultar a los chicos de la calle, hizo lo que tenía que hacer: se mantuvo más tiempo en luz roja. Esto le dio tiempo al señor a fijarse en la ropa rota del pequeño, mirar sus pies curtidos y descalzos. Entonces el viejo cascarrabias tomó algunas de las estampitas que le mostraba el niño y depositó en sus manos un billete de diez dólares.

—Anda, chiquillo, llévale eso a tu familia —le dijo sonriendo.— Y vete ya a tu casa que es muy tarde para que un niño de tu edad ande suelto por las calles. La próxima vez te traeré alguna ropa de mi nieto. El tiene tu misma edad.

Este fue sólo el principio de muchos cambios en la gente que, por causa del semáforo loco, pudo conocer mejor a los muchachos de la calle. Llegó el día en que los mismos gobernantes se enteraron de la vida dura de los muchachos de la calle y buscaron y encontraron soluciones para ayudarles.

* * * * *

La gente es buena, — comentó una tarde el semáforo con sus pájaros amigos. — Lo que ocurre es que trabaja mucho y está siempre muy ocupada. Necesita de alguna oportunidad para enterarse de las cosas tristes que ocurren a su alrededor. ¡Del resto se encarga el corazón!



HENA GONZÁLEZ DE ZACHRISSON. Colón, Panamá. Coordinadora por Panamá del PIALI (Programa Internacional de Acercamiento a la Literatura Infantil) con sede en México. Representante por Panamá de la Sección Nacional de IBBY (International Board of Books for the Young) con sede en Suiza. Tiene más de diez libros publicados. Entre ellos: *Cuentos con duende*. Ediciones A.U.L.I., Uruguay (2002), *Diario de un perro bilingüe*. Corona del Sur, Malaga, España (1999), *Risa*. EDIESCO (para escuelas). Editora Escolar, S.A. (1998).